

***Palabras pronunciadas el 20 de diciembre de 2009 por el Presidente de la Hermandad Doncel, en nombre de la Junta Rectora, durante la comida de hermandad celebrada con motivo de la instalación del tradicional Belén Montañero en «Siete Picos», en la Sierra de Guadarrama, de Madrid.***

*Un año más nos volvemos a encontrar en este mismo lugar, donde ya se ha convertido en costumbre celebrar nuestra peculiar anticipación de la Navidad. Un año más, que, como todos los años del mundo, ha pasado volando. Y más deprisa que el anterior.*

*Dejando aparte consideraciones pesimistas que podrían hacerse sobre el caso, lo que tenemos que pensar es que, con lo que corre el tiempo, cada año tardaremos menos en volver a encontrarnos aquí otra vez para celebrar la Navidad. Y eso también está bien.*

*Encontrarnos camaradas y amigos: Un encuentro siempre grato, que la Junta de la Hermandad Doncel no sólo celebra, sino que además tiene que agradecer la relevancia que adquiere debido a vuestra nutrida presencia.*



*Y ya que hablamos de la Navidad, estaría bien que, además de celebrarla, pensemos también en su significado. La Navidad es el primer acto de un drama cósmico –a la vez que histórico, pues se produce en un momento muy concreto del tiempo humano– en el cual Dios estableció nada menos que una nueva Alianza con los hombres. Es algo que estamos hartos de oír y que sin embargo es de una grandeza indescriptible, que debería conmovernos hasta la última fibra. Seguramente, en ninguna otra tradición religiosa se encuentra un testimonio igual de solidaridad divina con el hombre.*

*Cada año, la Navidad nos recuerda que Dios, a través de su Hijo, descendió por su voluntad al mundo de los hombres, para decirnos que nuestra naturaleza humana es en realidad trascendente, que no pertenecemos a este mundo sino al mundo de lo eterno, donde alcanzaremos la plenitud de la existencia.*

*Y éste creo yo que es el esfuerzo que en realidad se nos exige en este valle de lágrimas: Vivir en función de eternidad. Prepararnos para el ámbito de lo eterno, que es nuestra verdadera casa. Prepararnos en esta vida ejerciendo en lo posible esa ley de amor, que, cuando se realiza de forma natural y espontánea, «no necesita un programa de riñas y abrazos», como decía José Antonio. Y también llevando adelante una esforzada lucha interior de superación; como corresponde al estilo propio de una orden de caballería, que es lo que en fondo siempre hemos querido ser.*



*Ésa es la vida que recibimos de nuestros padres, de nuestros maestros, del entorno social de nuestra infancia, de nuestros mandos juveniles. Una enseñanza que viene, sin solución de continuidad, desde el lejanísimo fondo de una tradición superior: la de la Cristiandad occidental. Y, en nuestro caso, además, de la tradición idealista de una España que en muy alta medida, y mientras le duraron las fuerzas y el dinero, quiso y supo poner todo un descomunal imperio a su servicio.*



*Cuando hablamos de tradición hay que aclarar que tradición no es la pura y simple costumbre, aunque vulgarmente así se entienda. La tradición no consiste en rechazar el futuro y resistirse al paso del tiempo y al cambio; no consiste en un regodeo morboso en el pasado. La tradición no es reaccionaria, sino todo lo contrario.*

*La tradición es el orden organizado de valores y creencias, que permanece en el tiempo, y en el que nuestra vida se ha ido instalando y moldeando. Es el filtro que*

*nos ha permitido hacernos una idea de la realidad que nos rodea, y manejarnos en ella. La tradición constituye el ambiente de referencia necesario desde el que partir para poder avanzar hacia el futuro y construir cada momento congruentemente con los anteriores. La tradición es imprescindible para no caer en el caos. Rota la tradición, dinamitada la transmisión de sus creencias, sobreviene el desquiciamiento social y la decadencia de toda una civilización.*

*Y, precisamente hacia eso parece que vamos. Hoy somos testigos de una acelerada y deliberada ruptura –de carácter revolucionario, es decir estructural y total– de todas las creencias y valores que han sustentado nuestro sentido del mundo y de la vida. Una parte de Occidente, y una parte de España, han decidido que la otra parte no tiene derecho a vivir en paz su idea de la vida y del mundo, porque al parecer es culpable de no compartir los caprichos intelectuales del llamado progresismo; por lo que podemos hablar de una persecución encubierta contra la disidencia del Sistema. O sea contra gente como nosotros.*

*Pero nos equivocáramos si pensásemos que el promotor de esta ruptura en España es Zapatero y ese gobierno de infelices que la tragedia del 11 de marzo nos echó encima (gracias en parte al gran número de cobardes que habitan la España de hoy). En realidad este gobierno tan sólo se limita a aplicar de forma extremada, radicalizada, las fórmulas disolventes que el Sistema, al que pertenece, contiene en sí.*

*El verdadero peligro es el Sistema mismo, gobierne quien gobierne. Lo que ocurre es que, con los que ahora gobiernan, la cosa es fácil, porque se les ve venir: cosa que no les importa, dada su prepotencia. Con los otros, el sistema funciona igual porque es inevitable que funcione así, sólo que se nota menos; y puede que incluso haya entre ellos quien intenta paliar algunos de sus efectos, lo que no deja de ser una forma individual de luchar, que apreciamos.*

*Pero la máquina de la historia no se detiene, y lo que toca ahora es destruir, más despacio o más deprisa, toda nuestra cultura, todo lo que constituye nuestra tradición como civilización y como nación.*

*Sistema es la palabra que usamos para nombrar sobre todo al régimen mental que vivimos hoy día, a sus valedores y a la sociedad que están consiguiendo crear. Instaurado en su forma actual al final de la Segunda Guerra Mundial, se conoce a este sistema como socialdemocracia, a la que ya nos hemos referido en otras ocasiones y que consiste básicamente en una combinación poco estable de socialismo mutante y capitalismo popular, interesados ambos en organizar la existencia de la gente a su conveniencia y voluntad. Y, en realidad, no sólo organizar la existencia de la gente, sino que, como nos recuerda nuestro estimado profesor y camarada Dalmacio*

*Negro, se pretende, a fuerza de presionar en una dirección artificial, nada menos que alterar la mismísima naturaleza del hombre, rivalizando directamente, por lo que se ve, con Dios mismo, autor de esa naturaleza.*

*Pero la socialdemocracia, a su vez, es solamente la forma actual del sistema destructor de la tradición. En realidad, éste ha venido adoptando diferentes formas a lo largo del tiempo desde que el hombre europeo empezó, muy despacio, hace varios siglos, a distanciarse de Dios y a distanciar a Dios de las cosas de los hombres, dando comienzo con ello a lo que se ha conocido como antropocentrismo por oposición al teocentrismo medieval. El antropocentrismo, renacentista, hizo crecer a ojos de los hombres la idea que éstos tenían de sí mismos, de sus posibilidades aquí en la tierra, de su libertad, hasta que llegaron, libremente, a desprenderse de la necesidad de Dios, que por cierto es quien les había otorgado esa libertad.*

*Y cuando ese sentimiento pasa de las minorías a las calles y se convierte en la forma corriente de vivir, el Sistema, entonces, ha ganado su primera gran batalla. La eternidad deja de ser una*



*preocupación; la verdad única de Dios deja de tener sentido para el hombre común, que cree bastarse a sí mismo; se abre paso entonces el relativismo en el que todas las opiniones son legítimas, todo es verdad y todo es mentira a la vez. La conciencia de cada individuo se convierte en la única fuente de verdad moral para sí mismo, por lo que llega a haber tantas normas como individuos, tantos mundos como conciencias, tantos grados de liberación de las conciencias como grados de abandono de la alianza con Dios.*

*Así empezó, más o menos, la ruptura de la tradición. Cuando el hombre vuelve a morder la manzana de la soberbia, creyéndose autosuficiente y dueño absoluto de su vida y del futuro y empieza a odiar a Dios, como el enemigo a batir, pues en el fondo lo que quiere es ocupar su lugar. Comenzaba así lo que se ha llamado «religión secular»: se trata ahora de sustituir un sistema de creencias trascendentes por un sistema de creencias terrenales, intramundanas, preparando el futuro laicismo. Y, de ahí, al caos. Hoy vivimos sus consecuencias extremas y, ojalá, las últimas, aunque creo que no.*

*La clase sacerdotal de esa nueva religión secular es el socialismo, que, ideológicamente maquillado, ha prohiado a las numerosas fuerzas culturales e ideológicas que representan y promueven esta visión secularista y «humanista» de la vida y del hombre (multiculturalismo, feminismo, ecologismo, movimientos homosexuales, la llamada cultura de la muerte, etc.), representando, así, el socialismo su rostro más conocido y uniforme, que, a su vez, utiliza estas nuevas ideologías fragmentarias como pretexto para mantenerse, ocultando su anacronismo con el disfraz de un –ya de por sí discutible– progresismo.*

*Del capitalismo poco hay que decir. Está metido hasta las entrañas de la sociedad y en los resortes morales de los hombres, por lo que toda la sociedad hoy tiene mentalidad capitalista, mientras toma prestado del socialismo un discreto toque de solidaridad para que cada cual pueda sentirse bien consigo mismo, máxime cuando el socialismo además ha conseguido engañar al*

*planeta entero haciéndole creer que el izquierdismo, no el cristianismo, es la forma actual de la ética. Y el tonto burgués se lo cree, practicando también un delicado y suave izquierdismo que queda bien y da un cierto toque intelectual y humanitario a su egoísta simpleza. Por lo dicho, parece claro que lo que se está cocinando es la liquidación gradual –y camino de ser definitiva– de la tradición cristiana, occidental y española. Las armas han sido el totalitarismo democrático y la presión psicológica, que han uniformizado a la opinión pública común hasta extremos inconcebibles.*

*Cada momento de la historia es siempre un conflicto que hay que resolver, y el conflicto de nuestra era, poniéndonos algo apocalípticos, diríamos que es una guerra entre el bien y el mal, entre la armonía y lo caótico y, peor aún, una guerra de muchos hombres contra Dios, del llamado progresismo contra el cristianismo, cuyo lugar quiere ocupar. Una guerra que debemos aceptar como tal. Y, aceptado que es así, y aunque sólo sea por puro interés personal, no podemos permanecer impasibles viendo cómo se desmantela, pieza a pieza, un mundo que ha sido siempre el nuestro.*

*¿Qué puede hacerse? No esperéis que yo os lo diga ahora. Ojalá supiese y pudiese hacerlo. Pero, pensando un poco, lo primero creo que es aceptar que la cosa está francamente fea y va para largo, que ya viene de siglos atrás y siempre a peor, ganando terreno la ideología secularista frente a la actitud cristiana de la vida, que hoy pasa por parecer absurda. Cuando hayamos aceptado esto y nos hayamos dado cuenta de su gravedad: entonces preocuparnos. Preocuparnos, sí, y de verdad, porque quizá siempre hemos pensado que esto se acaba solucionando por sí sólo o alguien lo hará por nosotros. Pero, como no lo solucionemos nosotros, o pongamos los medios para empezar a solucionarlo, la sangre llegará al río. Ojalá no de forma literal.*

*¿Qué más podemos hacer? Una vez que esto nos preocupe lo bastante como para tomarlo en serio, procurar entender a fondo qué está pasando. Buscando saber por nuestra cuenta, interpretar lo que ocurre con ideas y pensamiento propios, más allá de lo que se diga en los medios de comunicación afines. Preguntar al que sabe y escucharle con sabia humildad. Decíamos antes que la tradición no es quedarse parado en lo que había. Lo que había puede que necesite reformas muy serias. Por consiguiente, creo que también debemos hacer un esfuerzo de examen de conciencia de lo nuestro y establecer claramente los problemas que tenemos y qué remedios debemos aplicar, porque quizá con eso le quitamos argumentos a los que nos atacan.*

*E intentar imaginar una futura sociedad cristiana y española, a la vez que todo lo universal que permitan y exijan los tiempos; fijarnos así un ideal por el que trabajar, una razón para combatir a los que nos combaten.*

*También podemos cooperar en las respuestas de la sociedad civil a las agresiones del Sistema (las grandes manifestaciones que se han organizado y se organizarán), incluso cooperar con el trabajo de ciertas asociaciones, sean de los nuestros o no: eso por el momento carece de importancia.*



Unirnos quienes procedemos de una tradición joseantoniana, pero no para seguir cantándonos canciones, explicándonos unos a otros lo que ya sabemos o para lamentarnos de que Franco no hizo la revolución o de lo mal que nos trata el *Sistema* porque está infestado de masones. Con masones o sin ellos, lo cierto es que, concretamente, nosotros no hacemos nada. Debemos tomar nota de eso también.

Y, finalmente, creo que debemos también rezar y, en muchos casos, aprender a rezar, y pedir a Dios su ayuda para combatir por su causa, y fuerza para aceptar lo que venga. Sin esto último es muy probable que no obtengamos nada, pues, como sabéis es Dios quien manda y, si decide que somos su instrumento, lo seremos, pero hay que pedirselo y ganar ese privilegio.

Y creo que una buena ocasión, especialmente sensible, para pedirselo es la Navidad, donde, por decirlo así, empezó todo.

Que en esta Navidad seamos capaces de hablar con Dios desde el corazón, pedirle y ofrecerle lo que os acabo de decir y lo que cada cual quiera pedirle y ofrecerle. Pero, procurad, sobre todo, que esta Navidad sea un momento mágico de paz, serenidad y preparación para el futuro.

Es lo que os desea a todos la Junta de la Hermandad Doncel.

*Navacerrada, a 20 de diciembre de 2009*

*Sergio Brandao Cardoso. Presidente Hermandad Doncel*